



LAS CINCO LLAGAS

ESTAMPAS HISTÓRICAS EN ASTORGA (II)

Cipriano Gutiérrez Pardo

De elegir el sitio más idóneo en la ciudad para levantar un Hospital con las mejores dotes de salubridad y alegre panorámica, no hay duda de que sería éste precisamente. En el ángulo sureste del casco amurallado se yergue con aires de castillo medieval el hospital-residencia de «Las cinco llagas», nombre de la Cofradía que, tras casi nueve siglos de existencia con labor piadosa y asistencial a sus espaldas, acoge en la actualidad a jóvenes y adultos discapacitados físicos de la ciudad de Astorga, de la provincia de León o de la comunidad castellano-leonesa.

Mirando hacia el norte desde su terraza de acceso podemos ver cómo asoman las dos cumbres desiguales del Peña Ubiña, con sus capuchas de nieve cuando se acerca el invierno, y a su derecha el resto montañoso que separa León de Asturias. Girando un poco más la mirada hacia el este nos topamos con las ya cercanas lomas de San Román y San Justo, salutífero pulmón de la ciudad por los limpios vientos del este que por allí pasaban, y balcón por donde asoma el sol corredizo de cada día, para dorar y caldear las piedras y habitantes de la bimilenaria Astúrica.

En un plano inferior los verdes de la vega del Tuerto con su gama de colores en el otoño junto a los chopos del río que mansamente huye hacia tierras de Castilla, ya perdido en el Órbigo.

A la vuelta de la estrecha terraza que ciñe esta Residencia de las «Cinco Llagas» también podemos admirar en los días más cortos del año ocasos de sol fundido en la fragua del Teleno.

En este ángulo luminoso y aireado de la ciudad amurallada está, pues, enclavado este hospital-residencia, cuya larga e interesante historia merece ser recordada. Pero antes vamos a recorrer someramente las instalaciones de sus moradores.

Franqueando la puerta de entrada, de cristales corredizos, a nuestra llegada, nos encontramos de frente con un gran patio jardín dentro de la herradura cuadrada del edificio. Éste tiene dos plantas sobre el soportal del bajo hacia el jardín. En el ángulo izquierdo de estos soportales franqueamos la puerta que da acceso al salón comedor con bar y televisión. Aquí, en su habitación y en otras salas de usos múltiples los residentes pasan la mayor parte del día, cuando no han salido en su silla de ruedas por las calles y plazas de la ciudad o por el paseo del jardín o de la muralla, a los que tienen fácil acceso, pues el Centro está

dentro del casco urbano y de sus zonas peatonales. En la planta inferior encontramos también la cocina, la lavandería y los almacenes, y en el ala norte otras salas de usos múltiples, aseos comunes adaptados, la capilla y la sala de reunión de los miembros de la Cofradía «Cinco Llagas». En los pisos superiores contamos 40 habitaciones individuales y 2 dobles con su baño adaptado y su cama, mesa de trabajo, armario y sistema de aviso de incendios y detector de humos. El primer piso alberga también el consultorio médico, botiquín-enfermería, la sala de fisioterapia, espacios para actividades y talleres, la biblioteca y otros despachos y salas de reuniones culturales o lúdicas.

Goza la casa, para su movilidad, de dos amplios ascensores y de una rampa de salida de emergencia.

Entremos en el despacho del director actual, don Julio, que nos ofrece algunos datos sobre los residentes y sus cuidadores:

- Hay, nos dice, 42 residentes afectados de ataxia, paraparesia, tetraparesia, paraplejía, esclerosis múltiple y otras discapacidades físicas prenatales o adquiridas por enfermedad o accidente.

De la plantilla en servicio son 26 las cuidadoras o cuidadores directos, 2 enfermeras, 1 médico, 3 psicólogos, 1 fisioterapeuta, 1 trabajador social, 1 maestro de taller, 4 trabajadoras en la limpieza o lavandería y 3 en cocina.

A esta plantilla de trabajadores en el centro hay que añadir algunos voluntarios y familiares que colaboran en la atención, formación, divertimento y acompañamiento de estos residentes en sus diversas actividades y excursiones, los cuales son testigos de cómo se superan increíblemente realidades de vida diferentes y cómo se puede vivir una vida más plena con el mero contacto personal con ellos.

Nos transmite también el Director los objetivos que se persiguen en los 8 Talleres permanentes en todo el año y en los 11 temporales que se preparan en fechas determinadas de la Navidad, Carnavales, verano, etc. Pero le interrumpimos momentáneamente, por indagar en lo que ha sido la gran historia de esta Cofradía de las Cinco Llagas, donde hunde sus raíces esta residencia.

En el primer piso se reserva una sala para las reuniones de la Junta de la Hermandad de las «Cinco Llagas». Su eventual secretario responde a nuestras preguntas con solidez de documentos:



- El origen -nos explica- de esta Hermandad de las Cinco Llagas es consecuencia de las cofradías existentes en Astorga en el siglo XVI. Los primeros documentos son del siglo XIII, pero con datos referidos al siglo XI. Como más antiguas que ella están documentadas en la ciudad las cofradías de San Esteban en el siglo X, con actividad en Astorga desde el siglo XI, y la de San Feliz, también desde el siglo XI, con iglesia en Puerta de Rey y hospital junto a Puerta Sol. La de San Esteban, con iglesia parroquial en Brimeda y hospital en Puerta de Sol, próximo al de San Feliz, traslada sus funciones piadosas a Astorga en el siglo XIV, construyendo su capilla al lado de la iglesia de Santa Marta, cuya cofradía está datada ya en el XIII. El resto de las cofradías están documentadas en los siglos XIII y XIV, cuando surgen las cofradías gremiales, que regulan la actividad de las mismas y su ámbito económico-social, con jurisdicción propia en sus Jueces Gremiales. Éstos tienen competencia preferente sobre los Jueces Naturales para resolver conflictos entre los Gremios. Las cofradías gremiales del siglo XIII, de Palmeros, Zapateros, Cardadores, Pelleteros, Carpinteros, etc., con santo propio cada cofradía, son absorbidas en el XIV por cofradías no gremiales.

Pero al ser Astorga en el siglo XIII lugar de descanso en pleno Camino de Santiago, aquellas cofradías gremiales habían incrementado su ayuda a los que iban a Santiago, tratando a los peregrinos enfermos y extendiendo posteriormente sus cuidados a los enfermos de la propia ciudad y comarca de las cofradías.

En el siglo XIV decíamos que decae la importancia de las cofradías gremiales y aparecen otras nuevas cofradías como la de los Mártires Fabián y Sebastián y la de San Nicolás de Bari, con centro hospitalario en la calle García Prieto y culto -la de San Nicolás- en la catedral. En este mismo siglo se documentan otras cofradías de menor importancia no exentas de la visita del obispo, que son fusionadas a otras cofradías exentas, como es la de San Esteban o la de Corpus Christi, a la de Nuestro Padre Jesús y al Hospital de San Juan respectivamente, ya en el siglo XVI. Esta última era de carácter hospitalario, la de Nuestro Padre Jesús con actividades estrictamente religiosas. Ambas perduran en la actualidad, pero quedaron fuera de lo que iba a ser la Hermandad de las Cinco Llagas.

Otras Cofradías de mínimo relieve sin apenas datos, desaparecieron, sin agregarse a las existentes.

Las Cofradías eximidas de la visita del Prelado, a las que se fusionaron las no exentas siguieron su actividad en el

siglo XV y XVI con sus propios Hospitales y lugares de culto hasta fundar la actual Hermandad de las Cinco Llagas.

- ¿Y cuál fue la circunstancia que provocó esta fundación?

- Las seis cofradías que recibían donaciones y dotaciones vieron la necesidad de unirse por la situación vivida en el siglo XVI, al haber varios hospitales y abundancia de vagabundos que iban a cada hospital por ser la estancia gratuita en ellos. Pero al descubrirse su condición de falsos peregrinos, se nombraron oficiales por parte de los hospitales, para descubrir y expulsar a estos pícaros. Por este motivo se originó una reunión de carácter extraordinario en el año 1521, a la que acudieron las seis cofradías existentes objeto de abuso, donde se acordó el nombramiento de visitadores con facultades de inspección, para comprobar el cumplimiento de las normas. En las cuentas de los hospitales se podía descubrir la repetición de estos falsos peregrinos. Siguieron otras reuniones de estas cofradías mencionadas, excepto la de San Esteban, originándose un mayor acercamiento entre ellas mismas. En los años 1539 y 1590 las cinco cofradías se agrupan manteniendo su propia autonomía, dedicándose primariamente a la hospitalización de peregrinos y enfermos, y accesoriamente al cumplimiento de las cargas piadosas a favor de los donantes y bienhechores. Al continuar las reuniones y agrupaciones en 1627 se van cerrando algunos hospitales y se adquiere una casa para construir un nuevo hospital para todas las cofradías, aunque algunos centros hospitalarios siguen abiertos.

Fueron las Ordenanzas de 1690 las que denominan a la nueva cofradía unitaria con el nombre de «Las Cinco Llagas». Esta nueva Hermandad y Hospital estará regida por 24 miembros, personas todas seglares.

Hasta 1773 no se concentran todos los servicios hospitalarios en un solo edificio, lindante con Puerta Sol, donde se construye el hospital y la capilla. Estará gobernado por doce Hermanos, todos seglares, presididos por el corregidor, con valor jurídico por resolución de esa fecha de la Chancillería de Valladolid.

La actividad de la nueva cofradía de las Cinco Llagas prosiguió con un solo hospital y un único lugar de culto con diversas vicisitudes hasta la agregación de San Esteban.

- ¿Y qué vicisitudes fueron esas?

- Pues que su actividad se paralizó varias veces, por las leyes desamortizadoras de 1793, 1798 y 1807, y por la destrucción total del hospital en la guerra de la independencia (1808-1811).

- ¿Y a qué se debió la no adhesión en un principio de la Cofradía de San Esteban?

- Fue por el origen y las personas que formaban esa cofradía, personas de alta alcurnia, que rechazaban a los que ejercían oficios mecánicos o viles o gremiales. Exigían una alta cuota de entrada y alcanzaban gran prestigio por razones de dotación y donaciones. Esta cofradía, gobernada por doce cofrades sacerdotes o seglares, se oponía rotundamente a la fusión con las otras cinco cofradías, por considerarse la más potente y prestigiosa. En el análisis que hace el cronista de la ciudad, Luis Alonso Luengo, dice que «sorprende aquella sociedad de clasistas discri-

minaciones, pero cuyos postulados no eran compartidos por las demás cofradías de la ciudad, ni por la generalidad de los vecinos, que se oponían a la orgullosa actitud de San Esteban, rebatida por otras cofradías con largos pleitos que se prolongaron en el siglo XIX. Destruído su hospital y arruinada en la guerra de la Independencia la Hermandad de las Cinco Llagas, ésta consiguió la Real Orden de 20 de enero de 1817, que extinguió la cofradía de San Esteban, ordenando que se integrasen sus bienes y rentas en la Hermandad de las Cinco Llagas, lo que fue recibido con general aplauso».

Fusionadas ya las seis cofradías con la agregación de San Esteban a la Hermandad de las Cinco Llagas, se acabó la construcción del nuevo hospital en 1818 y el lugar de culto junto al hospital que acogió el traslado de los enfermos.

Otras vicisitudes abocaron al cese de la Hermandad en años sucesivos, en función de la situación política del país, con la correspondiente pérdida de pergaminos y libros Memoriales de la Cofradía

En 1823, después del período constitucional, se restableció la Hermandad con devolución de documentos y bienes por parte de la Junta de Beneficencia provincial. Como las ordenanzas vigentes eran de 1690 se vio la necesidad de unas nuevas ordenanzas adaptadas a aquella situación. Así se aprobó en Junta de septiembre de 1825 en acta de remisión a Madrid, donde fueron confirmadas por Real Orden de Fernando VII de 1827, de larga vigencia, hasta 1917 en que se reformaron y aprobaron las actuales por las Autoridades civiles y eclesiásticas.

Leyes desamortizadoras de Mendizábal obligaron a vender casas y heredades, a pesar de la oposición de la Hermandad, que las consideraba exceptuadas por el fin benéfico a que se destinaban. Quedó únicamente como propiedad de la Hermandad la Capilla de San Esteban y el Hospital de las Cinco Llagas, casi coincidente con lo que hoy pertenece a la Hermandad. Al cerrar el culto en San Esteban, por dedicarse esta capilla a otros fines, se decidió cumplir sus cargas piadosas en la capilla del Hospital «Las Cinco Llagas».

Para mantener con dignidad el hospital se contrató un hospitalero, que con su esposa y allegados debían atenderlo, bajo la dirección de un facultativo. En años sucesivos se confió los servicios y la asistencia a la Comunidad de Siervas de María y más tarde a las Religiosas Franciscanas Terciarias.

Al principio del siglo XX se modifican las Ordenanzas vigentes desde 1827 y se adoptan otras nuevas que entran en vigor en 1917 y son vigentes todavía hoy con algunas modificaciones.

Por Real Orden de 1925 se reconoce a la Hermandad como Institución Benéfica y se le permite gozar de exenciones fiscales. Gracias al aumento de capital de la Hermandad y a donativos y legados se mejoran los servicios y se consigue instalar un quirófano en el Hospital y se adquieren otras dependencias adyacentes. Se amplían las salas de pago y las de personas sin recursos, éstas a cargo de la Hermandad.

Durante la guerra civil se militariza el Hospital, donde se atiende a los prisioneros heridos de ambos bandos por médicos militares. Pasada la contienda, se consolida el proyecto quirúrgico con los doctores Fernando Vega y Néstor Alonso al frente y las donaciones particulares, que hicieron posible este nuevo centro quirúrgico tan necesario para la ciudad, que sólo contaba con el Hospital de San Juan de medicina general. La Hermandad atendería con sus propias rentas los gastos de los enfermos pobres. Se



interpretaron su Reglamentación y Estatuto de un modo flexible, pues en ellos se prohibía recibir enfermos de cirugía.

-¿Y es así como queda el Hospital y la Hermandad en adelante?

- Ni mucho menos. Eventos posteriores van a influir en la situación de la Hermandad:

El 19 de agosto de 1952 y en años sucesivos se derrumbaron la vieja muralla de la Puerta Sol sobre la que se levantaba el Hospital y el paredón que daba apoyo a la escalera principal. Muere en el derrumbe una humilde familia, que tenía su casa al pie de la muralla.

Reconstruida la parte derribada, y fallecidos los doctores Fernando Vega y Néstor Alonso, se formalizó con el hijo del primero, el doctor José Luis Vega, miembro también de la Hermandad, un contrato o convenio similar al anterior, ampliando el sistema con nuevas modalidades.

Al final del año 1955 el Hospital de las Cinco Llagas es asumido por el de Nuestra Señora de los Remedios. Marchan las Religiosas Franciscanas y es dirigido el nuevo Hospital con personal seglar, bajo la dirección del doctor José Luis Vega, que allí vive con su familia.

El Hospital se constituye entonces en un «Centro sanitario de Urgencia» de la ciudad y de su alfoz, dada la necesidad de socorrer de un modo permanente a los heridos cada vez más numerosos en accidentes de tráfico, a los peregrinos o transeúntes y a personas sin medios que lo necesitaban.

Pero el 8 de enero de 1981 se produce un incendio casual que destruye todo el edificio excepto parte de la fachada. Queda el hospital sin medios ni actividad y la ciudad y su comarca privada de un Sanatorio de Urgencia. La misma Hermandad se ve afectada en sus enseres, salvándose el archivo, que había sido anteriormente catalogado y depositado en el archivo diocesano, bajo la dirección de don Augusto Quintana, que lo abrió al conocimiento de los estudiosos. Otras imágenes y cuadros artísticos y otros bienes salvados de las llamas se conservan en el museo diocesano o en la parroquia de San Bartolomé.

Tres años más tarde se gestionó por la Hermandad la reconstrucción del edificio y del Hospital.

-¿Tomó acaso otro giro, otra finalidad más específica?

- Efectivamente. El 28 de junio de 1984, por acuerdo de la Junta de la Hermandad, se formuló la Escritura Notarial



de 3 de junio de 1985 con el Obispado de Astorga, por la que «se cede a dicho Obispado el derecho de Edificación sobre solar propiedad de la Hermandad a efectos de edificar un Centro Social diocesano llamado «Cinco Llagas», para atender Minusválidos físicos de Astorga, de la provincia de León, y de la Comunidad de Castilla y León, creándose talleres ocupacionales para los residentes minusválidos, y si el Obispado no destinara el inmueble al uso aludido, lo edificado pasaría a propiedad del titular del suelo, la Real Hermandad de las Cinco Llagas. Se entrega a la Hermandad un salón de más de 20 m² de superficie para cumplir sus funciones, fijándose un plazo para realizar la obra no superior a diez años y la cesión del derecho de superficie será por 99 años, pudiendo prorrogarse, si ambas partes lo acuerdan, previos los trámites necesarios».

- ¿Y cuándo comenzó a funcionar el ahora Centro Social de las Cinco Llagas?

- Se inició al final de 1994, con un Régimen Interior de 24 de noviembre de 1994, dirigido a los minusválidos físicos con talleres ocupacionales y residencia adjunta, con titularidad de Cáritas. Inicialmente fue puesto en marcha por los Hermanos Cristianos Holandeses, hasta su marcha el 14 de enero de 2005. Antes de entrar en las Cinco Llagas estos Religiosos Holandeses habían dirigido en Astorga el Centro «Cosamai» de disminuidos psíquicos. Desde su marcha dirige el Centro Social «Cinco Llagas» un seglar nombrado por Cáritas, vinculada al Obispado. Los medios económicos para su sostenimiento son estatales, provinciales y autonómicos. La inauguración oficial, con celebración religiosa del obispo de la diócesis, Mñor. Briva Miravent, tuvo lugar el 22 de enero de 1995. Recorrimos entonces los Miembros de la Hermandad tanto las dependencias dedicadas a los minusválidos como la habitación habilitada para nuestras reuniones.

- ¿Podrías resumirnos el papel y el valor de vuestra cofradía a lo largo de su historia?

- La Hermandad de Las Cinco Llagas no está ligada directamente a la Iglesia, pero es el último eslabón de cadena de fusiones sucesivas y la Cofradía actual se denomina, a partir de la fusión, la Real Hermandad de Las Cinco Llagas. La evolución de las cofradías a través de la Historia parte de fines caritativos y se extiende institucionalmente

ayudando a peregrinos, a enfermos y a los propios cofrades en caso de indigencia, lo que explica la recepción de donaciones, limosnas y legados piadosos

Cambios por variaciones políticas e históricas han hecho que las Cofradías, y en este caso las Hermandades vayan mudando sus finalidades, sin olvidar las caritativas, acrecentándose las caritativas y sociales.

- ¿Y cómo ves tú en este momento tu Hermandad?

- La propia Hermandad de Las Cinco Llagas se rige por un Reglamento de 1916, aprobado por las autoridades civiles y eclesiásticas en 1917, de 63 artículos con antigüedad de 90 años, que no responde a la presente situación ni a la finalidad de la Hermandad, ni en su lenguaje ni en su contenido. Cabe la posibilidad de elaborar un nuevo Reglamento con criterios generales de larga duración en su aplicación sin contradecir las normas constitucionales, o, por lo contrario, interpretar de modo flexible el Reglamento, derogándose de hecho los artículos impropios de nuestra época.

Lo fundamental es conseguir que nuestra Hermandad tenga la vitalidad propia de este tiempo, asumiendo su origen y evolución, respetando las instituciones, evitando los enfrentamientos ideológicos, sirviendo a la sociedad astorgana, sin discriminación, colaborando con el obispado, sin olvidar el carácter laico de la Hermandad. La cesión que hemos hecho a este Centro hospitalario de minusválidos cumple de lleno nuestras aspiraciones.

Después de este largo y documentado paseo histórico de la Hermandad, que nos ha ofrecido don Luis, salimos de nuevo al patio y a nuestra derecha se nos aparece un bajorrelieve esculpido en piedra blanca de Jesucristo resucitado. Nos muestra sus cinco llagas gloriosas en pies y manos y costado. Es como una premonición de nuestro final en la visita que hacemos al Centro hospitalario de las «Cinco Llagas». Elegimos por eso a cinco de los 40 residentes para dialogar y saber algo de sus vidas antes de llegar, y desde que están aquí. No sería posible hablar con todos, aunque todos tendrían mucho que decirnos, indudablemente.

Javier Morales es un hombre de corta estatura pero de cabeza segura e ideas claras, flácidas piernas y fornidos brazos. Se ha fraguado en la dificultad originada por su parálisis infantil. Desde entonces sus posibilidades se vieron mermadas en lo que podía haber alcanzado por su inteligencia y voluntad serenas. Él nos explica alguna de sus situaciones vitales:

- Llevo 16 años aquí en mi silla de ruedas. Mi edad ya va por los 70. A lo que me preguntas tendría que decirte que no tengo que contar a nadie mis penas y soledades, pero que he sabido adaptarme bastante bien y que de momento nada me arredra.

- Lo sé, pero a tus amigos nos gusta saber de tu vida y de las dificultades que has superado con esa ancha sonrisa que te caracteriza. Por alguna de las fotos, que veo aquí en tu habitación, parece que eras un niño espabilado en la escuela del pueblo.

- Pues sí. ¿Por qué negarlo? Algunos me preguntaban cómo se resolvía este o aquel problema. Pero mi mayor dificultad estaba en llegar a la escuela. Cuando mi hermano no podía llevarme, porque tenía que ir a trabajar el campo, cualquier compañero me venía a buscar a casa y me llevaba a costillas. En el aula tuve muchas satisfacciones. En primaria me dio clase una buena maestra y después un maestro joven que se quedaba a charlar conmigo en los recreos. Luego ya no tuve posibilidad de otros estudios, pues el instituto más cercano estaba a 22 kilómetros de mi pueblo. No digo que pudiera haber hecho una brillante carrera, pero sí colocarme en alguna oficina o algo por el estilo.

- ¿Tienes alguna actividad en este Centro?

- He aprendido Informática y he practicado también Música. He acudido a algunos talleres que nos han dado y a muchas salidas y excursiones cercanas y lejanas. En mi cuarto oigo música y veo la televisión, sobre todo las noticias. Puedo decir que aún me valgo por mi mismo en todo.

Miriam Villabedón es un caso único de animosidad y mente clara. Raramente se pierde alguna de las actividades o salidas organizadas por el Centro. Este año se ha apuntado de nuevo al viaje-peregrinación que organiza la Fraternidad de Lourdes desde León. Es la duodécima vez que va allí con los enfermos. Y ya había ido otras dos veces más desde Burgos, su provincia.

Lo extraordinario es que Miriam hace 37 años que está en silla de ruedas y que en la actualidad está paralizada de brazos y piernas. Para leer -su actividad primordial- se vale de un sistema mecánico que le permite pasar las hojas del libro soplando una boquilla conectada con el peculiar atril que sostiene el libro. Últimamente ha conseguido una subvención para un ordenador y ha aprendido a entrar en Internet con un ratón especial de gran precio, lo que le lleva a un campo inmenso en sus lecturas y nuevos hallazgos.

Dicen que Miriam es la mejor cabeza de la casa. Lo que le falta de valimiento físico parece que le sobreabunda en perspicacia intelectual y sentido común. Da gusto hablar con ella y verla subrayar sus palabras con sus ojos chispeantes y su sonrisa mantenida de Gioconda.

- Miriam, ¿cómo fue el venir aquí?

- A los catorce años comencé con esta enfermedad que los médicos no se aclaraban en diagnosticar. Padecí una meningitis a los nueve años, pero no parecía que esto tuviera nada que ver, pues la había curado del todo, y entonces no suele haber secuelas. Pero a los 23 años ya tenía que estar en silla de ruedas. Dos años más tarde me ingresaron en el Hospital de Burgos. Después de pasar luego otros veinte años en casa solicitamos una plaza en alguna residencia asistencial. Como en Burgos no la había y no queríamos salir de la Comunidad de Castilla-León, la solicité aquí. Estaba entonces recién inaugurada, a cargo de los Hermanos holandeses, de los que guardo el mejor recuerdo, por su paciencia y dedicación completa. Cuando entré aquí, hace doce años, tenía yo 48 años.

- Cuéntame cómo es un día corriente en tu vida.

- En mi vida no hay cosas especiales. Hasta que vine aquí había mucha soledad. Mi única compañía eran los libros. Aquí, después del desayuno voy al gimnasio y luego a algún taller de cultura general. Por la tarde se pueden hacer más cosas: informática, lectura, música, algún documental o alguna excursión. Con los residentes y cuidadores no hay mucho diálogo. Aunque haya alguna cosilla, yo estoy a gusto y me llevo bien con todos. Antes tenía más conversación con algún compañero, pero ahora algunos se están deteriorando mucho y es difícil dialogar. Yo creo que aquí se trata de vivir un ambiente de familia que comenzaron a construir los Hermanos holandeses. Pero hay que seguir adelante. ¡Qué remedio nos queda!

El caso es que estas últimas palabras solapan la figura interior de esta mujer inteligente y animosa hasta el extremo. Lo mismo que su figura externa ovillada e impedida físicamente solapa también su belleza interior, llena de dulzura y agradecimiento, dispuesta a enriquecer sus conocimientos siempre y a dialogar en positivo con quien quiera hacerlo. Y tanto más admirable cuanto parece que no tiene punto de apoyo para afianzarse en tales saltos. Su sonrisa nos transporta de admiración.

Aloisio Villar está amasado de bondad en su mirada y en su sonrisa. Sus «Memorias de trabajo en la farmacia» dan prueba de que siempre ha sido así. De sus treinta años como auxiliar de farmacia no se podría olvidar su disponibilidad en el servicio a todas las personas que a él acudían, ni sus desinteresados consejos para el tratamiento de personas y de animales.

Luego llegó su enfermedad que se agarró a sus piernas progresivamente, hasta dejarle inválido y tener que dejar de despachar en la farmacia.

- ¿Te vino repentinamente tu enfermedad?

- No. Yo empecé a trabajar joven y con salud en la farmacia del pueblo, porque me invitó a ello el dueño. Empecé de cero, pero con su ayuda pronto lo aprendí todo: los nombres y el lugar de los medicamentos, la buena atención a los clientes, el libro dietario en que apuntábamos lo que quedaban a deber algunos hasta la llegada de la nueva cosecha, la preparación de yogures, sellos y pomadas, etc. Años después me puse a estudiar el curso de Auxiliar de Farmacia por correspondencia. Poco a poco me iban mandando libros y un pequeño laboratorio de productos de química para hacer experimentos. Después me mandaron el diploma de «Auxiliar de Farmacia» del Instituto Americano de Madrid. Luego el pequeño laboratorio se lo regalé a un joven estudiante que llegó a ser doctor en medicina.

- Total, que te convertiste en un buen profesional de farmacia.

- Mi diversión era el trabajo. Los domingos había muy poca gente y eso me permitía hacer alguna excursión por la tarde. Pero con el tiempo aumentaron los clientes, en particular los de los pueblos de alrededor, que yo conocía muy bien de nombre y de voz. Tuve que ampliar el horario de atención al público, y aun así algunos me venían a



buscar a casa, porque venían de lejos y querían ir a las fincas. Yo comía deprisa e iba a la farmacia. Al fin tuve que decirle a mi querida madre que me iba a tener que llevar la comida a la farmacia y así la tendría todo el día abierta. Hacia las tres venían los chicos y chicas del Instituto para hacer los encargos que les hacían en su pueblo. Y en la farmacia no sólo despachaba medicamentos, sino también guías del veterinario, para llevar animales a las ferias o mercados.

Pasaron los años y cuando llegaba a la farmacia, ya llegaba cansado, y luego todo el día despachando. Tuve que decirle a mi hermano Pedro que me llevara en bicicleta a la farmacia y me fuera a buscar a las once de la noche, cuando ya no había gente. Así lo hizo muchos días, y luego, cuando mi hermano iba a la finca, lo hacía un vecino que tenía su trabajo en su propia casa o algún ciclista que pasaba por allí. Al fin no tuve más remedio que comprar un velocímano, una silla de ruedas con pedal manual. Así lo hice durante muchos años. Pero un día dije a los nuevos dueños de la farmacia: «cada vez tengo menos fuerza en las piernas y no puedo con tanta gente». Los tres años siguientes estuve despachando con una chica que llegó para ayudarme. Luego, yo seguía perdiendo fuerza en las piernas y me tuve que quedar dentro, en la oficina de la farmacia dedicado a preparar las recetas del seguro, reparar facturas y hacer pedidos. De vez en cuando alguien venía a preguntarme: «¿Qué jarabe me das para el catarro o qué pomada me das para esto?». Aunque muchos más eran los que querían preguntar cosas de animales. Algún consejo que di y que salvó alguna vaca o algún ternero se me quiso pagar muy bien, cosa que no admití de ningún modo.

- Entonces tu enfermedad ¿se fue agravando?

- Se fueron pasando los años y llegó el día en que yo no podía andar dos pasos y me tenían que pasar en brazos desde la silla de ruedas a la silla dentro de la farmacia. Hasta que un día me pareció mucho molestar al dueño de la farmacia y le dije: «En contra de mi voluntad, mañana deo de venir a la farmacia».

- ¿Y cuándo ingresaste aquí, en las «Cinco llagas»?

- El dos de junio de 1993. Aquí llevo 17 años.

Desde que está en esta Residencia no sé si habrá faltado algún año a la festividad con romería de la Virgen del Villar en su pueblo natal. Últimamente ha perdido capacidad de comunicación, pues arrastra sus palabras y es difícil comprenderle. Ya no podemos disfrutar de su sarta de chistes con los que nos alegraba siempre que hablábamos con él. Pero nos señala las tarjetas postales que aún le llegan de sus amistades. Y en su mirada limpia y en su sonrisa de plenitud adivinamos su piadoso corazón de siempre y las jaculatorias sinceras que le escuchábamos después de comulgar: «Dentro de tus llagas escóndeme. Traspasaron mis pies y mis manos, y se pueden contar todos mis huesos». Gozo y esperanza rebosa su sonrisa colmada, cuando nos saluda o no despierta.

Petrus Fuseros, a su vez, ha sido uno de los residentes más jóvenes en la Casa. Aun hoy día lo parece por su negrísimo pelo y su juvenil sonrisa.

La ventana de su habitación se abre hacia el sur, encuadrando la vega del Tuerto exuberante de verdes en el inicio de la primavera. Junto a la ventana una mesa de trabajo sobre la que comenzó a manejar su ordenador y una gran radio *cassette*, ahora fuera de servicio. Las paredes que rodean su cama decoradas con fotografías propias o de familiares y amigos. Un dibujo retrato de su figura adolescente y deportiva. Otros recuerdos y regalos dan color personal a su cubículo acogedor. Toda su ilusión en estos últimos años ha sido terminar sus «memorias», para dejar constancia de su vida, con ánimo de testimoniar que ha sido dichoso y que ha valido la pena, a pesar de su «ataxia de Fiedrich», que ha ido atenazando sus movimientos y su expresión oral.

- Creo que nos estás preparando una autobiografía, amigo Petrus, y que ya casi la tienes acabada.

- ¡Que va! Sólo me han podido escribir la primera parte, sobre mi infancia y los primeros síntomas de mi enfermedad de «ataxia». Yo ya no manejo el ordenador y no es fácil encontrar quien tenga tiempo para escribir lo que yo le dicte.

- Bueno, pero de lo que tienes escrito puedes contar-nos algo.

- Comienzo hablando de mi familia y de las dificultades de aquella época mísera y humilde para sacar adelante los hijos. Era una vida rudimentaria y sin muchos medios para culturizarse. Su principal faena consistía en atender a los animales domésticos y su única distracción era reunirse en corro para discutir, comentar o arreglar algunos temas de los vecinos del lugar. A pesar de los pesares ellos rebotaban de felicidad al buscar el bien común, ayudar y compartir lo que podían. Trataban de hacer las cosas en su provecho y en provecho de los demás.

A los nueve años, cuando yo pasaba unos días en León, mi hermana y su marido observaron en mi estado una agravante pérdida de equilibrio. Avisaron a mi padre, que tomó en serio el asunto y me llevó primero a un par de médicos en Ponferrada; luego en León me vieron distintos especialistas sin ningún resultado esperanzador. A continuación vinieron mis viajes a Madrid donde me observaron más detalladamente y dieron con el mal que padecía.

Sufri una alteración muy grande con doce o trece años, al enterarme por medio de un hermano médico de que la enfermedad que yo padecía iba a resultar grave, hasta llegar a estar postrado en una silla de ruedas. Todavía era un chiquillo lleno de ilusión y lo peor de todo es que para mi enfermedad no se hallaba ninguna solución.

Lo primero que hice fue irme a mi habitación y echarme en la cama a llorar, por lo que en el futuro pudiera tener de realidad todo lo que me estaba aconteciendo.

Hubo un par de veces que, mientras iba con algún amigo de pastoreo con sus vacas, en un descanso del juego con el balón que siempre llevábamos, me quedé tumbado mirando al cielo despejado en aquellos instantes. Me vinieron a la mente entonces estas preguntas: mirando para el cielo dice la gente que a ese lugar iremos a parar toda la gente buena. ¿Cómo será ese lugar? ¿Qué haremos allí las personas para pasarlo tan bien como dicen?

Desde hace tiempo me he percatado de que esa felicidad la llevamos nosotros dentro de nuestro corazón y que un día se verá colmada de gozo nuestra alma, aunque nuestro cuerpo se vaya deteriorando más y más. A veces me dan pena tantos jóvenes que buscan fuera la felicidad equivocadamente, pues el camino de ella es interior. Desde que ingresé en «Las Cinco Llagas», el 1 de junio de 1993, sé que, gracias a Dios, lo tengo todo en mí, en mi oración, en las actividades a las que me apunto, y en la ayuda que me prestan mis cuidadores y cuidadoras, que son mis pies y mis manos. Con todo esto intento conservarme en mi ser personal.

No quisimos preguntarle más, al notar su progresivo deterioro corporal y sus palabras tardas y arrastradas en difícil pronunciación. Pero nos satisfizo verle cerrar sus manifestaciones con su sonrisa de siempre, joven y pletórica, y con el brillo de sus ojos, más expresivos que las palabras. Era la rúbrica de su seguridad interna, humana y religiosa, que manifestaba en sus memorias inacabadas.

Luigi Bercianos es el quinto residente escogido. Con él no podemos entablar un diálogo, ni extractar alguna idea de sus posibles memorias. No tuvo tiempo de escribirlas pues su postración le ha venido repentinamente, por un accidente inesperado en la carretera, donde quedó parte de su masa encefálica. Meses después aún extraían gravilla de su cabeza.

Cuando salió del hospital para ingresar en esta residencia, el 2 de mayo de 2002, sus facultades locomotrices eran tan mermadas que necesitaba de atención continuada en su alimentación y aseo.

En estas condiciones parece ilusorio entablar contacto con él, para saber lo que piensa o siente, pero alguno piensa que tiene más vida que los gatos. Tiene ahora 43 años y se acuerda de muchas cosas.

Cuando entra en su habitación Camín Otero, una de las cuidadoras del Centro, con su niño adoptado, un negrito de Etiopía de pelo rizado y negrísimo ojos, a Luigi le ha producido la más grata emoción. Ha querido acariciarlo, sino con sus manos, al menos con su sonrisa y su indicativo gesto, lo que nos lleva a adivinar su oculto mundo interior, existente, pero desconocido para nosotros.

Cuando farfulla palabras ininteligibles en un tono bajo, semitonado, aseguraríamos que está planteando y solu-



cionando complicados problemas matemáticos o dictando larguísimas raíces cuadradas que llenaban encerados en sus años de profesor admirable. O tal vez sean correcciones a sus jóvenes actores, cuando interpretaban la Pasión viviente del Señor en anteriores Semanas Santas escenificadas en su parroquia. Quién sabe si no son la expresión de otros proyectos que solía llevar a cabo en su activa vida, anterior al accidente.

De vez en cuando su expresión oral se hace más inteligible y sorprende a todos con sus consideraciones agudas, como cuando volvía de un ingreso en el Hospital provincial, donde fue acompañado por una de las cuidadoras del Centro:

- Amigo Director, a esta cuidadora le tienes que aumentar el sueldo, por lo bien que me ha tratado.

- Pero, ¿Cómo le voy a aumentar el sueldo, Luigi? ¿No ves que protestarían las demás?

- Mándamelas a mí, que ya sabré yo campear el temporal.

A Luigi nadie lo ha visto alterado y, recién incorporado al centro, participó calladamente en diferentes actividades. Últimamente, sin salir de su habitación, conoce a sus cuidadores y cuidadoras, sabe que son sus pies y sus manos, y se lo agradece siempre con expresión de ojos y manos, más que de palabras.

A estos cinco residentes podríamos añadir una larga lista de todos los que faltan o de los que se han ido definitivamente de nuestra vista mortal: Hugo, Luisín, Rosalía y otros, que han dejado un poso de humanidad imborrable en este Centro hospitalario.

A media mañana o caída la tarde es fácil encontrar por las calles y paseos de la ciudad alguno de estos residentes en su silla de ruedas, que salen por su cuenta o empujados por algún voluntario a ver el mercado o simplemente a pasear entre gente acogedora y satisfecha de verlos como algo ya familiar en la ciudad. Se piensa que esta Cofradía medieval de las Cinco Llagas ha cristalizado con plena efectividad en la atención a estos nuevos ciudadanos impedidos, con la firme esperanza evangélica de que «hay muchos últimos que serán primeros».